



Nicole Giron (coord.), *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, Instituto Mora, México, 2007.

La construcción del discurso nacional: una búsqueda persistente de Nicole*

Pensando en una contribución apropiada para esta jornada en memoria de nuestra

* Texto leído en el homenaje póstumo a Nicole Giron realizado el 24 de febrero de 2009 en el auditorio del Instituto Mora.

querida Nicole, me pareció interesante comentar su última producción intelectual: el libro colectivo *La construcción del discurso nacional en México, un anhelo persistente (siglos XIX y XX)*, publicado por el Instituto Mora —al que tanto quiso y se entregó— a finales del 2007 cuando ya estaba demasiado enferma para poder celebrarlo y comentarlo con nosotros, sus amigos y colegas.

A la luz de los intereses de Nicole, es evidente que el título que dio al libro, en el que resalta el “anhelo persistente” de los mexicanos de construir un discurso nacional, responde totalmente a su propio *anhelo persistente* de explicar cómo se fue

construyendo dicho discurso. Ya desde los tiempos en que trabajaba en el Centro de Estudios Históricos del INAH se sintió atraída por este tema, atracción que quedó plasmada en su erudita y cuidada edición de las obras completas de Ignacio Manuel Altamirano, “el campeón” del nacionalismo, como ella lo llama en su ensayo en este libro que hoy celebramos.

Al reunir al grupo de investigadores que dio origen a este libro, lejos estaba Nicole de saber que esta sería su última contribución al tema que la ocupó a lo largo de su vida en México, contribución que, a mi parecer, cierra con broche de oro su trayectoria académica. En efecto, el resultado de su seminario es una obra original y novedosa, pues no consiste en una obra más sobre la construcción del discurso nacional realizada por los “hombres de letras”, sino que recupera la amplia y variada gama de expresiones con que los mexicanos, a lo largo del siglo XIX hasta mediados del XX, contribuyeron a la construcción de un imaginario colectivo que refuerza el sentimiento de pertenencia. Así, los ensayos presentados por doce especialistas giran en torno a la expresión literaria, la cultura política, la editorial, la periodística, la litográfica, la teatral, la musical, la pedagógica, la urbanística y, también, la mirada sobre el extranjero.

Pienso que la mejor manera de rendir homenaje a Nicole y mostrar cómo descolló como historiadora y maestra es explicándoles en qué consiste el libro y hacerlos ver cómo cada uno de los distintos ensayos enriquece la mirada de conjunto que nuestra querida colega quiso dejar plasmada. Para no hacer esta exposición demasiado larga he decidido juntar algunos de los ensayos que, si bien están vistos desde perspectivas distintas,

tocan temas que, a mi parecer, pueden relacionarse.

El primer estudio sirve de introducción, ya que se refiere al siglo XVI, y se debe a la pluma de Jorge Ruedas de la Serna con el sugerente título de “El paraíso y el infierno. Remotos orígenes del discurso nacional”. Su propósito es recordar cómo desde principios del virreinato hubo expresiones literarias nacionalistas. Para ello, retoma la *Sumaria Relación* de Baltasar Dorantes de Carranza quien, con el afán de reivindicar a los criollos y sostener su derecho natural sobre las tierras novohispanas como hijos que eran de los conquistadores, las hizo parecer como si fueran el paraíso cuando, según la visión ecuménica del viejo mundo, en ellas se había establecido el mal desde el inicio de los tiempos. Así, Dorantes se esmeró en presentar una imagen paradisiaca de lo que se consideraba un infierno, transfiguración que logró llevar a cabo a través de un discurso “ufanista”, palabra de uso corriente en Brasil que significa “culto al amor del país”, según aclara Ruedas de la Serna.

El ensayo de Cecilia Noriega Elío, “Primeras formas políticas del discurso nacional (1821-1824)” explica cómo se trató de dar cuerpo jurídico y político al nuevo país. Para ello revisa los doce proyectos de constitución elaborados en aquellos tres años, número que realmente asombra. Son dos los objetivos que se propone Cecilia y que logra con suma claridad. Por un lado, mostrar la confianza absoluta que se tenía en el poder, en “la magia” —como bien dice— de la ley, de allí que se diera tanta importancia a elaborar una buena constitución, pues la “nación” debía constituirse con base en las instituciones políticas en ella establecidas. El

segundo propósito de Noriega Elío es dilucidar los distintos conceptos y términos –políticos y jurídicos– con que se trató de conformar la naciente identidad nacional y cómo todo ello resultó en una mezcla de principios liberales modernos, como soberanía popular, sistema representativo, división de poderes, derechos individuales con los viejos valores culturales como la religión y la territorialidad política de los pueblos.

En “Imaginar la patria en la distancia. Cuatro viajeros mexicanos en Estados Unidos”, Ana Rosa Suárez Argüello analiza las miradas de Lorenzo de Zavala, su secretario en la legación en París, Joaquín Moreno, y Rafael Reynal sobre nuestro vecino del norte, mostrando cuán diferente fue la de cada uno de los tres. A estos viajeros reales, Suárez Argüello añade, de manera muy original, un cuarto, Carlos Gastelu, quien fue corresponsal de Reynal y que, si bien no viajó a Estados Unidos, comentó lo que aquel le contaba. Gastelu se transforma así, en palabras de Ana Rosa, en “trotamundos imaginario”, quien viajó gracias a su amigo. La tesis de Suárez Argüello es que, al referirse a Estados Unidos a partir de la realidad mexicana, estos cuatro personajes dejaron testimonio del “nosotros”, de México y los mexicanos. Por tanto, sus viajes, reales o imaginarios, les permitieron rescatar, por contraste, la identidad nacional.

El ensayo de Ana Rosa puede relacionarse con el de Pablo Yankelevich, que lleva por título “Los otros y nosotros. Los extranjeros en el debate legislativo de México (1917-1948)”, ya que ambos sostienen que la definición del “otro” permite identificar al “nosotros”. Así como Ana Rosa lo hace a partir de la mirada de los viajeros a Estados Unidos en el México

independiente, como una expresión fresca y espontánea, Yankelevich lo hace a partir del discurso legislativo y de las leyes emitidas por dicho poder durante la primera mitad del siglo XX. A diferencia de aquellas miradas, este discurso ya no fue espontáneo sino que se propuso, para construir la nación, distinguir entre los mexicanos y los extranjeros, resultando totalmente xenofóbico.

En “La disputa por una hegemonía nacionalista: el 16 o el 27 de septiembre como celebración nacional”, Javier Rodríguez Piña analiza cómo los periódicos conservadores *El Tiempo* y *El Universal* se propusieron, entre 1846 y 1855, imponer el 27 de septiembre como fecha del nacimiento de la patria. Rodríguez Piña hace hincapié en que, detrás de esta disputa por los héroes y conmemoraciones políticas, lo que estaba en juego era cuál proyecto de nación se impondría. Me parece que el ensayo de Javier puede acercarse al, para mí novedoso, de Verónica Zárate, titulado “Nomenclatura y nacionalismo: la materialización de la memoria en la ciudad de México en el siglo XIX”, ya que ambos explican cómo se quiso imponer una identidad y los argumentos esgrimidos para lograrlo. Verónica se propone mostrar cómo “les lieux de mémoire” fueron una forma de fijar el discurso histórico nacional y cómo los nombres de las calles de nuestra capital se han convertido en pieza clave en la edificación de la identidad nacional.

Tres ensayos del libro se centran en la importancia que tuvieron las revistas literarias de la primera mitad del siglo XIX, si bien cada uno desde una óptica distinta. Laura Suárez de la Torre titula su escrito como “La construcción de una identidad nacional (1821-1855): imprimir palabras,

transmitir ideales”, y su intención es dar cuenta de cómo los editores-impresores contribuyeron a crear un imaginario colectivo al tiempo que iba tomando forma el Estado nacional. En efecto, fueron ellos los encargados de difundir la “idea de México”, al repetir de manera constante, con palabras y con imágenes, las referencias al país, a su gente, a sus usos y costumbres. María Esther Pérez Salas, con “México en imágenes. La litografía en busca de una identidad 1837-1855”, insiste en la importancia de la perspectiva visual en la construcción del discurso nacional. Explica que, si bien no existía un concepto claro de lo que se entendía por nación, hubo interés en crear un imaginario que derivara en una idea de pertenencia, por ello la importancia de las litografías referentes a paisajes, monumentos prehispánicos, diferentes tipos de personajes, algunas de cuyas reproducciones aparecen en el libro. El tercer ensayo es el de la propia Nicole, al que dio el título de “Ignacio M. Altamirano: el ‘campeón’ de la literatura nacional”. Nuestra añorada colega bautiza así a don Ignacio pues considera que fue, efectivamente, “el campeón” del discurso nacional en su forma literaria. Es evidente que aquello que más le atrae a Nicole de Altamirano, aparte de su elevada categoría como literato, es su humildad. Por ello le importa resaltar el hecho de que él no se sintiera el iniciador de una tradición, sino que se reconociera como un heredero de esta, la cual había contribuido a su propia formación y de la que no era más que un simple transmisor. Así, en palabras de Nicole, Altamirano asumió, con toda sencillez, “su función de gozne entre generaciones”. Por ello recuerda que, al famoso *Renacimiento*, precedió la pequeña obra titulada *Revistas Literarias de México*

en la que don Ignacio hizo un recuento-homenaje a los hombres de letras que lo habían antecedido. De allí el título de su propia revista, *El Renacimiento*, que no hizo más que iniciar de nuevo un proceso que había empezado con *El Iris* en 1826.

Entramos ahora al terreno de las musas: el del teatro y el de la música. En un, para mí, novedoso ensayo, “De Fernando Calderón a Marcelino Dávalos: construyendo la identidad en la tradición teatral”, Eduardo Contreras Soto muestra, con citas textuales, cómo los dramaturgos mexicanos inventaron una tradición teatral mexicana al hacer referencia, en sus propias obras teatrales, a otras que los precedieron escritas por autores nacionales. Por su parte, Ricardo Miranda rescata la importancia que tuvo la música como formadora de una identidad nacional. “Del baile a los aires nacionales: identidad y música en el México del siglo XIX” muestra, con gracia y erudición, cómo la sociedad mexicana decimonónica, en todos sus niveles, gustó de la música y se abocó, entusiasta, a su consumo y cultivo. Explica el gusto que hubo por la música europea pero cómo, a la vez, la música popular —símbolo inequívoco de identidad nacional— fue llevada al salón, reformada por los compositores y consumida como un objeto de raigambre inusual. Miranda insiste en que hubo una convicción colectiva de que la música ayudaría a forjar una mejor nación, al tiempo que reconoce que el proceso mediante el cual la música sirvió de elemento de cohesión social fue muy paulatino.

“Enseñar la religión de la patria: tiempo y espacio en la escuela primaria porfiriana”, de María Eugenia Chaoul Pereyra, es un ensayo que tiene como propósito explicar la importancia de la educación en

la construcción del discurso nacional. La autora muestra cómo el Estado se preocupó por consolidar el nacionalismo a través de las escuelas primarias “modelo” que estaban bajo su tutela directa en el Distrito Federal y que debían servir de ejemplo a los gobiernos estatales. Este propósito, resalta Chaoul Pereyra, no se llevó a cabo sólo con la impartición de materias escolares como historia y civismo, sino que la propia construcción de los planteles formó parte del proyecto. Las escuelas modelo —“iglesias cívicas”, en palabras de Justo Sierra—, cinco en la capital, contaron con amplios espacios y excelentes condiciones higiénicas y resultaron “la expresión simbólica de un proyecto de nación que debía ser exhibido para inducir una homogeneidad cultural”.

Esta es una reseña, apretada, de la última producción de Nicole, de su último esfuerzo por aprehender la construcción del imaginario nacional mexicano. ¿Sería el hecho de que fuera francesa de nacimiento, si bien mexicana de corazón, lo que la llevó a preocuparse y ocuparse de dicho tema? Esta pregunta, lamentablemente, ya no se la podemos hacer aunque, quizá, haya surgido en el seno de su fecundo seminario.

Por último, quisiera referirme a lo que significó para mí ser colega y amiga de

Nicole. Miembros de la misma generación, formadas en el mismo sistema educativo francés, ella en París y yo en México, ambas nos abocamos, como académicas, al estudio del mismo periodo y de temas muy cercanos del México decimonónico. Tuvimos muchas coincidencias en la manera de ver el mundo actual y de enfocar los problemas del pasado. Nuestras carreras corrieron paralelas y asistimos, juntas, a un sinnúmero de eventos académicos a lo largo de los últimos 20 años. En lugar de que hubiera envidia, celos y rivalidades mezquinas entre nosotras, ambas agradecemos la retroalimentación que significaron nuestras investigaciones. Yo la admiraba y sé que ella me apreciaba. Ahora que ya no está, la añoro y la lloro.

Lo único que me queda es agradecerle la huella que ha dejado en todos nosotros (sus colegas, discípulos y amigos), su sabiduría, su generosidad, su modestia —virtudes todas compartidas con su “campeón”, Ignacio Manuel Altamirano— pero, a diferencia de este, su bella e inolvidable sonrisa, como lo muestra la foto que nos acompaña.

Gracias.

Antonia Pi-Suñer Llorens
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNAM